

CAPÍTULO 25. CARTA N° 25.

Así, pues, según usted el siete malo es la boca, con lo cual yo estoy plenamente de acuerdo. Hay también hombres que tienen una mala boca, pero a fin de cuentas quedamos en lo mismo: el séptimo orificio de la cara es igualmente un símbolo de la mujer, lo mismo que el orificio de la entrepierna.

Pero ya que estamos con los números, juguemos un poco con ellos. Tengo que adelantar que el Ello posee una memoria numérica verdaderamente fabulosa, que domina las formas simples del cálculo como solo acontece en determinados casos de idiotismo y que, lo mismo que un idiota, goza de la manera más subida resolviendo problemas de cálculo en un momento. Con un simple experimento puede usted convencerse de esto. Converse usted con alguien sobre un tema capaz de hacer vibrar las fibras más íntimas de su alma. Hay toda clase de signos que nos permiten concluir que está teniendo lugar una vibración de este estilo. Pregunte usted, una vez notada una señal de las descritas, por una fecha cualquiera. Verá usted que le responden inmediatamente con una fecha íntimamente relacionada con el complejo de que se trate. A menudo la relación está a la luz del día, de modo que hasta el individuo en cuestión se queda maravillado de la capacidad del subconsciente. A menudo se niega toda relación por parte de la persona afectada. No se deje equivocar por eso. A lo consciente del hombre le gusta negar -casi digo mentir. No escuche usted el no, sino más bien aténgase al conocimiento de que el Ello ni niega ni miente. No pasara mucho tiempo y la exactitud de la asociación acabara demostrándose, a la vez que saldrá a la superficie una masa ingente de material psíquico que, recluido en el subconsciente, ha sido responsable de toda clase de buenas y malas obras.

Ahora le voy a describir a usted toda una muestra de habilidad numérica de mi propio Ello. Me hizo mucha gracia cuando lo descubrí. Durante años, al querer dar expresión a mi impaciencia y mi desagrado, he utilizado la expresión “se lo he dicho a usted 26.783 veces”. Recordara todavía que la última vez que estuvimos juntos usted se burlo de mí por ello. Esto me supo mal, y empecé a pensar sobre el número y tratar de descubrir lo que había en él. Entonces me di cuenta de que la suma transversal del número es 26, exactamente el mismo que nos queda separado de los demás guarismos si quitamos las milésimas. En relación con el número 26 se me ocurrió la palabra madre. Cuando mi madre murió yo tenía veintiséis años. Veintiséis años tenían mis padres cuando se casaron; mi padre nació en el año 1826, y si usted hace la suma transversal de 783, resulta que es 18. Aísle usted las tres primeras cifras de la forma siguiente: $2 \times (6+7)$. Resulta que es 26. Sume usted 2 a las dos últimas cifras: 8×3 . Resulta de nuevo 26. Yo nací el 13-10-1866. Su suma transversal es 26.

Luego dividí el número 26783 de una manera un poco diferente. El 2 me pareció que podía quedarse solo por haberlo ya utilizado involuntariamente en las operaciones $6+7$ y 8×3 . Las cifras restantes se agrupan, bajo el influjo del 2, de la siguiente manera: 67, 78, 83. Sesenta y siete años tenía mi madre cuando murió. En el 78 fue cuando tuve que dejar la casa paterna para ir al internado. El año 83 fue el año en que perdí del todo a mi patria chica, pues mis padres abandonaron mi ciudad natal y se instalaron en Berlín. El mismo año tiene lugar un acontecimiento cuyo alcance llega a cubrir un largo período de mi vida. En una pausa entre dos clases me dijo uno de mis compañeros: “Sígase usted masturbando de esa manera y acabara pronto completamente loco; medio loco ya está”. Estas palabras resultaron ser fatales para mí, no como si ellas hubiesen aumentado los terrores asociados a la masturbación, sino porque yo no repliqué palabra y acepte la vergüenza de la pública acusación sin rechistar, como si no me atañese. Me llegó muy hondo, pero lo reprimí enseguida con la ayuda de la palabra “loco”. Mi Ello se apoderó en aquel entonces de esta palabra y desde aquella ocasión no la ha vuelto a soltar. Desde entonces todos los patinazos de mi razón me parecían permitidos. Medio loco significaba para mí lo siguiente: Tú estás en medio de dos posibilidades, puedes

ver el mundo y la vida desde un lado o desde el otro, como un hombre sano, normal y corriente o como un loco, como un dislocado de la normal posición, como un hombre fuera de lo normal. Y esto yo lo he hecho abundantemente y lo sigo haciendo. Usted lo sabe hasta la saciedad. Las dos madres -la nodriza y la madre- encontraron aquí su nueva y necesaria fundamentación. El estar entre dos cosas, el ser a medias, comenzó a resultarme soportable debido a mi media locura; de la necesidad de dudar me llevó a un escepticismo tolerante y a la ironía, al mundo de las ideas de Thomas Weltlein. Considero posible que me equivoque en esto de considerarme “medio loco”, pero solo hay una explicación para estos extraños fenómenos que se dan en mi ser que, por lo general, evita dos posibilidades, pero que se halla en condiciones de perseguir impertérrito líneas de pensamiento contrarias y hasta contradictorias, y esto en medio de toda burla, de toda demostración, de toda prueba y a través de la contradicción interna. Una vez analizados cuidadosamente los resultados de mi vida he llegado a la conclusión de que esta semilocura me ha proporcionado precisamente ese quantum de supremacía necesario para que mi Ello llevase a buen fin sus tareas. Característica en este sentido -al menos para mí- es mi carrera de medicina. Por dos veces he incorporado maneras de pensar en medicina ajenas a mí y lo he hecho tan profundamente y le he dado de tal manera mi impronta que se han convertido en patrimonio mío personal. Primero fue siendo alumno de Schweninger, luego como discípulo de Freud. Cada uno de ellos, como médicos, representan para mí algo imponente, inevitable. El año 1911 logré unificar en mí el influjo de ambos, y 11 es la suma transversal de 83, y la suma transversal de 11 es 2.

El año 83, de acuerdo a su posición destacada como par de cifras final del enigmático número 26783, ha conseguido también una posición especialmente destacada en el marco exterior de mi vida. Poco después de aquellas palabras sobre la masturbación caí enfermo del sarampión, que trajo como secuela una inflamación renal. Mas tarde, como usted sabe, estuve otra vez enfermo de los riñones. Digo esto porque esta enfermedad renal -lo digo por mí y por todos los enfermos de lo mismo- es característica de una postura ambigua ante la vida, de un estar en el medio, del número 2. El hombre riñón -valga aquí la expresión- tiene una dirección doble; es, por así decirlo, bicéfalo. Su Ello es capaz de aparecer infantil o maduro con una soberanía que es, a la vez, ventajosa y arriesgada; está entre el 1 -el símbolo del falo erecto- y el 3 -el símbolo del niño. Dejo a su arbitrio el considerar la cadena inacabable de fantásticas posibilidades que tiene un ser híbrido tal y hago notar únicamente que mi propia situación salió a la luz del día no solo a través de la inflamación renal, sino a través del hecho que hasta los quince años meaba la cama. Y para decirlo todo: el híbrido no es ni hombre ni mujer, sino las dos cosas, y este es mi caso.

Y ahora vamos a jugar, a jugar con números tanto como podamos, a ser niños. Pero usted no tiene que enfadarse si se cuelan cosas de mayores de por medio. El que es niño quiere parecer mayor y se pone el sombrero de su padre y coge su bastón. ¿Y qué sería de él si el niño no tuviese el deseo de la madurez, el deseo de la erección? Quedaríamos siempre pequeños, no creceríamos. ¿O cree usted que es una equivocación la constatación que yo creo haber hecho, a saber, que el quedarse pequeño en el hombre está en una determinada relación con el querer quedarse pequeño, con el dar la impresión de que no se conoce la erección, de que se es inocente como los niños? ¿Que el no haber crecido procede del deseo del Ello de tener una disculpa, la disculpa de ser aún muy pequeño, para todas las tendencias sexuales, es decir, para todas y cada una de las acciones, de acuerdo con las palabras: “Soy un niño, mi corazón está limpio”?

Póngase usted conmigo a la pizarra y vamos a hacer como si empezásemos a aprender a escribir de nuevo los números. ¿Que pasará por la mente de un niño cuando se le obliga a llenar todo un pizarrón con unos o con ochos? Y esto lo puede usted extender a las letras, a las aes y las pes y a todos los picos y lazos que tratan de cazar la fantasía del niño. ¿Que es para usted el 1? Para mí es un bastón. Y luego el salto al hecho de ser mayor, al bastón del padre, al pene, al hombre, al padre mismo, al número 1 de la familia. Dos es el cisne. ¡Que hermoso fue aquello! Mi hermana tenía el cuello largo y le tomábamos bravamente el pelo por eso. Y era realmente un patito feo que resultó ser un cisne muerto demasiado pronto. Y de repente veo la laguna de los cisnes de mi ciudad natal. Tendré unos ocho años y estoy sentado con Wolf, Lina y una amiga, Anna Speck en un bote, y Anna Speck se cae al agua sobre la que nada el cisne; “mi cisne, mi callado cisne de suave plumaje”. ¿Es que me he ocupado tanto con Ibsen porque él fue quien compuso esta canción y porque yo la oí en tiempos difíciles, cuando creía que iba a morir? ¿O es Agnes de “Brand”? Agnes era mi compañera de juego, y yo la quería muchísimo. Tenía la boca torcida, al parecer por haberse

llevado a la boca un pitorrito de hielo. Y el pitorrito es simbólico. Con Agnes jugaba yo a saltar la cuerda y mi novela familiar y las fantasías de mis castigos están relacionadas con ella, Agnes y Ernst. Así se llamaba su hermano, que era inseparable de mi, pero a quien yo luego dejé vilmente en la estacada. Y luego Ernst Schweninger. ¡Ay, querida amiga, son tantas cosas, tantas cosas!

Volvamos a Anna Speck. Speck, fabulas de Speker. “¿Quién es este negro mendigo, tan oscuramente vestido?” El cuervo. Y Cuervo era el apellido de mi primer maestro en la escuela, a quien yo consideraba el prototipo de la fuerza y a quien, una vez, al saltar, se le rompieron los pantalones; un episodio que, luego, salió a flote en un análisis. Y la palabra cuervo está jugando, desde hace unas semanas, un papel importante en el tratamiento de un enfermo, tratamiento que tengo la intención de llevar a buen termino. Pues ello constituiría un triunfo de los que raramente he gozado.

La fabula del cisne de Speker. ¿Ha visto usted alguna vez tragarse un trozo grande de pan a un cisne? ¿Ha visto usted como, en esta operación, agacha y encoge el cuello? Anna Speck tenía las glándulas del cuello hinchadas, muy hinchadas. Y un cuello hinchado significa que algo se ha quedado detenido en él, el germen de un niño. Yo mismo tengo que saberlo, pues tuve también por más de cinco años bocio, y el bocio desapareció desde el momento en que descubrí el enigma del niño que se me había quedado atragantado. ¿Como me iba yo a figurar que esta Anna influiría de tal manera en mi vida? ¿Como hubiera yo llegado, sin creer en el estudio del Ello, a reconocer la importancia de Anna? Pero Anna es el nombre de la heroína de mi primera novela. Y su marido se llama Wolf. Wolf y Anna, ambos estaban en el bote de que he hablado. Y ahora aparece de nuevo el nombre de aquella otra Anna, o sea, de aquella amiga de Lina que se interfirió en los entretenimientos sadísticos de mi infancia. Wolf se había hecho una casa de colchonetas y allí vivía con Anna. Y nosotros, los más pequeños, no podíamos entrar en aquella casa. Alma, sin embargo, que estaba enterada del asunto, al ser echada de la casa por Wolf, marchó con Lina y conmigo al jardín y allí gritó: “Yo bien sé lo que esos dos andan haciendo allí dentro”. No comprendí yo entonces lo que significaban estas palabras, pero lo que sí es cierto es que se me quedaron grabadas en la memoria, así como el lugar donde fueron dichas, y todavía ahora soy víctima del mismo estremecimiento de que en aquel entonces fui presa.

Anna, es decir, lo que no tiene ni principio ni fin, la a y la o, Anna y Otto, lo mismo por delante que por detrás, el ser, la infinitud y la eternidad, el anillo y el círculo, el cero, la madre, Anna.

Ahora me doy cuenta que la caída de Anna al agua ha jugado un papel decisivo en mi vida. Pues durante años fui yo presa de una fantasía masturbatoria según la cual Anna, lejos de la orilla, subía calada de agua a mi bote, se le pegaban sus vestidos al cuerpo y yo veía sus piernas y sus bragas. ¡Que extraños son los caminos del inconsciente! Pues no olvide usted que el caer en el agua es un símbolo de embarazo y nacimiento, y Anna tenía paperas...como yo.

Esto es, pues, el 2. Y el 2 es la mujer, la madre y la muchacha, que sólo tienen 2 piernas, mientras que los muchachos tienen 3. Tres pies, trípode, y la Pitonisa habla solamente cuando está sobre el trípode. Pero Edipo descifra el enigma de la esfinge de aquel animal que primero anda en cuatro patas, luego en dos y finalmente en tres. ¿Pero es la palabra “hombre” una respuesta a una pregunta?

¡Oh 2, guarismo fatal que significas el matrimonio! ¿Significas tú también la madre? ¿O es la madre el 3? Este número 3 me recuerda a los pájaros, a los pájaros que nos dibujaba mi madre. Pájaro, paja, es cierto. Pero si considero al 3 echado resulta que para mí es un símbolo de los pechos, de mi nodriza y de todos los pechos que he amado y aún amo. 3 es el número sagrado, el niño, Cristo, el hijo: la Divinidad Trinitaria cuyo ojo fulgura rayos desde el triángulo. ¿Eres realmente una hija de Eros, tú, la matemática, prototipo de la ciencia? ¿Y es cierto que también la creencia en Dios procede de ti, Eros? ¿Es cierto que el 2 es el par, el par matrimonial, el par de testículos y de ovarios, de los labios de la vulva y de los ojos? ¿Es verdad que del 1 y el 2 resulta el 3, el niño todopoderoso en el seno de la madre? ¿Pues que hay mas poderoso que el niño antes de nacer, cuyos deseos están cumplidos antes de que siquiera pueda pensarlos? ¿El niño, quien en verdad es dios y rey y vive en el cielo? Pero el niño es un niño varón, pues sólo el varón es el numero 3, dos testículos y un rabito. Todo esto está muy revuelto, ¿no es cierto? Pero, ¡¿quién no ha de perderse por los intrincados jardines del Ello?! Uno abre los ojos llenos de admiración, parece que quiere apocarse, pero, sin embargo, se lanza, presa de suavísimo y estremecido terror, al océano de los sueños.

1 y 2 hacen doce. Hombre y mujer; con razón un número sagrado del cual procede el 3, el niño, Dios, cuando se cierra en unidad. Hay doce lunas, y de las doce lunas se compone el año. Doce son los apóstoles, y en medio de ellos se levanta la figura de Cristo, el Ungido, “el hijo del Hombre”. ¿No es maravillosa esta palabra: “el hijo del Hombre”? Y mi Ello dice bien fuerte y sin que se le pueda dejar de oír: “¡Interpreta, interpreta!”

Adiós, querida.

PATRIK

Volver News-1 ALSF

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org .